

2008

Pastobamba, camino de

Irma del Águila

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

del Águila, Irma (Primavera-Otoño 2008) "Pastobamba, camino de," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 67, Article 25.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss67/25>

This Creación is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

Irma del Águila

PASTOBAMBA, CAMINO DE

*I used to shoot you down...bang! bang!
Kill Bill, parte I.*

El ómnibus demoró más de dieciséis horas en llegar a Pastobamba, apenas un punto en la floreciente ruta de Huaraz a Tingo María. En ese tramo interminable, había bordeado el río Santa, con sus riberas coloreadas con el amarillo de las flores de retama y el mentolado aroma de las hojas de eucalipto, ingresó por una garganta rocosa de 25 kilómetros de largo, con tajos imposibles de más de 1,000 metros de profundidad, el Cañón del Pato, atravesó 39 túneles abiertos en los abismos más escarpados, antes de remontar la Cordillera Blanca, al norte del nevado Champará, a más de 5,700 metros y, algunas horas después, descender abruptamente por los contrafuertes andinos a lo largo del río Rúpac que desemboca en el gigante Marañón. Desde Pastobamba, los pasajeros suelen continuar por una trocha en mal estado que conduce a la zona cocalera de Tocache, algunos se bajan aquí y otros siguen viaje por la carretera Marginal de la Selva al sur, hasta Tingo María.

Se trataba más bien de un camión que en su segunda vida fue reensamblado como ómnibus de transporte público. No partió de Huaraz a las diez de la mañana como estaba previsto sino que se tomó todo el tiempo del mundo

hasta llenar su “carga”, entre pasajeros sentados y de pie apretujados en los pasillos. En el camino siguió caleteando. La “carga” más privilegiada que ocupaba los asientos intentaba, en algún momento de la ruta, conciliar el sueño, aunque costara su esfuerzo. Las patas de los asientos estaban rígidamente soldadas en el suelo y los respaldares no se reclinaban ni un centímetro. Amanda llevó la noche en vela, abrigando un sentimiento de envidia por los resoplidos que emitía su vecino, indiferente al frío y al lloriqueo de los niños de los pasillos, exhaustos, aburridos o hambrientos, desparramados sobre costalillos o tumbados en el suelo pelado. Incluso de noche, cuando la visibilidad era escasa, se asomaba a la ventana y atisbaba el armazón del bus-camión maniobrando en las curvas más cerradas, conteniendo el aliento en un par de ocasiones, cuando la máquina roncaba y pasaba de refilón por rectos precipicios.

Llegaron a Pastobamba poco después de las cinco de la mañana. Los postes proyectaban una luz mortecina sobre el pueblo. Amanda estiró las piernas y los brazos entumecidos tanto como se lo permitía la incómoda silla de fierro, con mucha energía, hasta sentir el agudo hincón en el cuello, evidencia del tortícolis que la había acompañado en el viaje y, por lo visto, seguiría acompañándola durante el día. Tomó su mochila y bajó del bus.

La bodega de la esquina estaba cerrada ¡pucha! refunfuñó, necesitaba urgentemente un café o una cama, lo que viniera primero. Bajó por la calle que lleva al municipio tal como se lo había indicado el pasajero de los enérgicos resoplidos. Arrastraba los pies de puro desgano. Era la única calle pavimentada, lo estaba comprobando. La luminosidad del día empezaba a devorar la luz de las bombillas eléctricas. Una placa en el portón del edificio edil anunciaba que el horario de atención al público comenzaba a las ocho de la mañana. Consultó su reloj aunque sabía de sobra que tenía un buen tiempo por delante. Se sentó en las gradas, indecisa sobre el próximo paso a seguir para malgastar las horas muertas. Recostó la mochila encima del regazo y reclinó su cuello maltrecho.

El trámite debía tomarle una mañana, como mucho. Días antes de la partida, su madre había contactado al alcalde de Pastobamba a través de paisanos que residían en Lima pero que no perdían el vínculo con su tierra. Don Faustino le aseguró en una conversación telefónica que, con su intervención, la expedición del certificado de nacimiento de su hija iba a tomarle un “ratito, nomás”. Era lunes y esperaba tomar el bus a Lima que salía a las dos de la madrugada.

Abrió los ojos mucho después. Una sombra se plantó sobre su rostro aún soñoliento. Era un anciano con una barbilla hirsuta, vestía un ajado pantalón de bayeta negra y toscas sandalias de jebe de las que sobresalían unos dedos trajinados, cuarteados por la tierra. ¿El señor alcalde?, le soltó. La sombra le respondió lo obvio y manifiesto, que no se encontraba en su oficina y que seguro no se iba a apersonar por la mañana. ¿Alguna diligencia importante?

No, el alcalde estaba en su casa, descansando. ¿Era feriado?, ¿se había equivocado con las fechas? No, era lunes 19 estaba segura. El viejo ratificó el cálculo con la cabeza y le indicó con el índice la ubicación de la casa del alcalde, en la calle transversal a la suya. Seguro se encontraba todavía en cama pues se había quedado hasta muy tarde presidiendo el escrutinio. ¿Escrutinio? Ahora comprendía menos. Que ella supiera no había ningún escrutinio programado en esos meses por el organismo electoral. El anciano sonrió.

—El escrutinio, pé.

Apuntó con la barbilla un anuncio que empapelaba la fachada del edificio edil. “Escrutinio/ Auditorio Municipal/ Domingo 18”. Y en letras bajas “Gran Noche de Bellezas Pastobambinas/ Ingreso: 3 Nuevos soles”.

Colindante con el edificio se había construido una cancha de fulbito. Sobre la loza de cemento se extendían costalillos de yute y plástico y sobre éstos cientos de arrobas de hoja de coca puestas a secar al sol. Otros costalillos ya estaban cargados de coca y apilados junto a uno de los arcos de la cancha. En Huaraz, la dueña de una bodega donde se detuvo a comprar chocolates y galletas para el viaje, comentaba con su *casera* que la libra de coca se había disparado a nueve soles y se especulaba que esto tendría que ver, por un lado, con los recientes incidentes en Sión, emergente localidad del valle del Huallaga, donde la Policía Nacional había entrado a la mala, baleando a la gente y, por otro, debido a los operativos de erradicación de la hoja llevados a cabo por los efectivos de la CORAH.

Amanda patea un guijarro y prosigue su caminata por el pueblo, sin rumbo fijo. Su madre andaba loca con los preparativos. Parecía la novia. A ella en cambio le costaba trabajo asimilar la idea: ella era la novia, su talle era el que medían para el traje de la ceremonia civil (una falda tres cuartos y una blusa con cuello vé y blondas en los bordes, ambas de seda y de color beige). Ella era la muñeca de la torta. Ernesto andaba súper ocupado con los trámites de migración, la documentación académica y los certificados médicos para la aceptación de la beca y el ingreso a la Universidad de Wisconsin, donde iba a seguir un doctorado en Antropología.

Almorzaron juntos el viernes pasado. Las gestiones y el ritmo acelerado que estas gestiones le imprimían a los días opacaron cualquier intento de acercamiento y diálogo íntimo, consumieron los minutos en las estrictas tareas de coordinación, apurados por los plazos que tenían encima. Amanda se esfuerza pero no consigue recordar qué comieron aquel día. Eso sí, él pagó la cuenta.

Ernesto y Amanda se conocieron en el Bar de Lucio, un territorio neutral entre la Universidad Católica y la San Marcos. Ella era de la San Marcos, cursaba el tercer ciclo de la facultad de Lengua y Literatura aunque ya venía consumiendo dos años en los claustros, huelgas de por medio.

La San Marcos vivía la resaca de la lucha ideológica de los setenta y

ochenta que se desarrolló palmo a palmo entre los bulliciosos pasillos y salones de clases: muros pintarrajeados y (re)pintarrajeados, pizarras descoloridas y arteramente gastadas, carpetas desvencijadas, ventanas agujereadas. En el pasado, todo había sido objeto de apropiación partidaria. Paradójicamente, en esos años, el sentido de pertenencia de clase y propiedad privada se exacerbó hasta el paroxismo.

Lo que permanecía imperturbable eran los vicios de las instituciones públicas, la burocracia incompetente y obtusa, una plana docente mal pagada y desmotivada, las huelgas de los empleados administrativos, las consignas partidarias de los dirigentes estudiantiles. Y como resultado de sinergias en círculo muerte, la penuria iba dejando su rastro por todos lados.

Amanda regresó a la San Marcos después del almuerzo. Ingresó al baño de las chicas y lo notó igual que siempre, con sus paredes peladas aunque esmeradamente desperdiciadas con lejía. El tanque del bidet protegido por gruesas cadenas para evitar seguir la misma suerte que la tapa de la taza. A eso también, al agua atorada por trozos de papel higiénico arrojados a la taza e incluso al desagradable olor que desprendía, se había llegado a acostumbrar. Siempre igual, "ahí, nomás". Nada avanzaba, ni siquiera la descarga de agua que soltaba el tanque.

Ernesto había concluido la licenciatura en la Católica y se podía decir que se estaba abriendo paso en los círculos académicos, había sido jefe de práctica y últimamente había publicado un ensayo en la revista *Allpanchis* analizando los alcances de la preservación de la reserva genética de tubérculos andinos entre las comunidades altas de Písaq. Su reflexión alcanzaba vigencia en círculos académicos y de algunos sectores de la administración pública en momentos en que se abrían los mercados agrícolas bajo el ímpetu neo liberal.

Ella, en cambio, se encontraba dos semestres por detrás, jodida por culpa de las huelgas. El domingo, su madre perdió la paciencia. Aún no había ido al terminal terrestre a comprar el boleto del bus a Pastobamba y tampoco había averiguado los horarios de salida. Tenía que reaccionar, le dijo. Ella en su lugar estaría agradecida con la suerte que Dios le había dado. Amanda sentía algo de bronca pero también lástima por su vieja quien seguía pensando en el arenal de Lomo de Corvina, su primer hogar en Lima. Y aunque Amanda no recordaba nada de aquellos dos años, su madre se encargaba de recrearlo a viva voz cada vez que se le presentaba la ocasión. Escenificaba la miseria de entonces, arrastrando el balde por el patio y relatando las ardientes caminatas, hundiendo las sandalias en el arenal para conseguir un poco de agua, o rascando el fondo de la olla con el cucharón, ni para el *concolón* había, pues. El miedo de regresar a los años duros la seguía acosando. Incluso después que se casara con su padastro y se instalaran en Lince, cerca del Hospital Rebagliati, en una casita acogedora y bien iluminada, con un jardincito de geranios en el patio interior. La vieja insistía, mira que subirse a un avión y conocer los rascacielos y quién sabe,

trabajar y ganar miles de dólares. Ella protestaba, no es que le pareciera poco. Qué vaina, no era eso, vieja.

La calle principal se prolongaba cuesta abajo. Las bodegas, almacenes y restaurantes iban abriendo sus puertas. Se detuvo frente a un negocio variopinto que anunciaba en la pizarra cecina y juanes de la selva. Husmeando en su interior descubrió que los dueños habían montado además una tienda de venta de electrodomésticos. En el mostrador, se exhibía una licuadora, una plancha y hasta una tostadora. Al tomar asiento se percató de la presencia del objeto más valioso y curiosísimo de la tienda que ahora se encontraba a la altura de sus ojos: un televisor plasma de pantalla plana que debía medir unas 34 pulgadas, a la izquierda una videograbadora y a la derecha una ruma de películas y video juegos. Un chiquillo que usaba una percutida camiseta de educación física salió de la trastienda para ver qué se le ofrecía. Amanda le pidió una porción de cecina y una cerveza, bien helada por favor. Antes de desaparecer, el chico tomó una de las películas y la metió en la videograbadora. La tele proyectaba las primeras imágenes de un concierto de Niche, con olor a multitud en algún estadio de Barranquilla. Llegó la cerveza, medianamente fría. Oye, ¿puedo?, Amanda le señaló la pantalla de la tele. Al chiquillo no le importaba. Rebuscó entre la ruma de películas hasta dar con *Kill Bill*, volumen 1. Retiró a los Niche de escena y le dio un *chance* a Tarantino. Uma Thurman no era todavía la inmovible asesina samurai, al inicio de la película era una miserable piltrafa, la comatosa novia de algún desgraciado que acababan de despanzurrar en el atrio de una iglesia en El Paso, Texas, por orden del feroz *Bill*. Llegó la porción de cecina. No era la mejor carne de cecina de la selva pero tampoco estaba en la selva (solo se encontraba en un punto de la ruta de acceso a la ceja de selva). Un sujeto de uniforme ingresó a la tienda. Se quedó mirando la pantalla, Uma seguía inerte en el suelo, contusa la pobre, el pánico y la súplica reflejados en los ojos. El sujeto de uniforme –dos galones en el hombro, cayó en cuenta-, se perdió por la trastienda, Amanda le apuntó por la espalda, extendiendo la punta del dedo índice, *I used to shoot you down...bang!, bang!*, mientras se alejaba. ¿Qué huevadas están viendo?, escuchó que comentaba dirigiéndose a un interlocutor desconocido. Ya debía ser las nueve y media, muy tarde para seguir tonteando en la tienda-restaurant y muy temprano para ordenar otra cerveza. Pero el viaje había sido extenuante y tenía en claro que debía despejarse un poco. Este lugar era una suerte de limbo, donde se podía dejar una coma antes de firmar cualquier documento definitivo. Le pidió al chico una segunda chela, mientras tanto, Uma viajaba a la isla japonesa de Okinawa para hacerle una visita a Hattori Hanzo, experto fabricante de aceros, aunque ya retirado del negocio que “mata gente”. Después de muchas reticencias, Hattori aceptó fabricarle su mejor espada, su obra eximia, obligado por el peso de la culpa que cargaba por años, algunos, desde que aceptó ser maestro del desalmado *Bill*. En la trastienda, el grupo Niche

volvió a la carga. *Volver a enamorarme así, volver a ilusionarme así...*, solo que el volumen, puesto al tope, distorsionaba las palabras y las tornaba agresivas, entreveradas con basura, chillidos, estridencias y el eco pastoso que dejaba un pésimo audio. Pero a la gente de la trastienda le gustaba, así tal cual. Las risotadas se confundían con la batahola que armaba el auditorio del concierto en vivo. Le parecía que chocaban sus vasos, de cerveza, lo daba por descontado. Ya casi no oía los diálogos de la película, justo ahora que Uma había tomado un vuelo a Tokio para enfrentarse a O-Ren Ishii, la jefa de “Los 88 Locos”, una temible banda Yakuza. Qué carajo, Amanda se incorporó y subió el volumen al máximo. Ahora sí. Niche volvió al *backstage*, de donde nunca debió salir. La segunda cerveza de Amanda sabía mejor que la primera, presumiblemente había pasado más tiempo en la heladera. Uma jugaba con el filo de la espada. ¡Qué huevada!, otra vez el enérgico vozarrón del oficial de policía, que por cierto no parecía tener un vocabulario muy extenso para expresar contrariedad. Al terminar con su cecina sostuvo el cuchillo, libre, enérgico, mientras Uma cortaba el aire sin apartar los ojos del filo, había dejado decenas de cuerpos hechos jirones, incompletos, inermes unos y gimoteando otros, regados en el patio de un establecimiento en el Tokio nocturno. Los había atravesado con el acero y había salpicado sangre sobre la pantalla. Uma sostenía la espada inhiesta, la empuñadura a la altura del rabillo del ojo, sin perder concentración. Cada movimiento era calibrado en silencio, paso a paso. El brillo de la espada de Hattori no languidecía poniendo en evidencia la calidad del acero cuyo filo no conocía la fatiga. O-Ren presintió su final. El ¡adiós *paisa!* del oficial la removió de su silla, el *paisa* no era una palabra de por allí. Amanda se irguió en su silla. Lo siguiente que escuchó fue un crujir de bancas o sillas que se rozaban o arrastraban sus patas por el suelo de la trastienda. El *paisa* debía ser un compadre del oficial, el dueño del establecimiento. Y tal vez colombiano. El lugar le gustaba cada vez menos. Apuró el último sorbo y levantó la voz para llamar al chiquillo, “por favor, la cuenta”. Giró la cabeza al sentir unos pasos torpes, perezosos. Pero no era el chiquillo sino el oficial quien se reclinó contra el mostrador y sacó su billetera. No terminaba de marcharse, en el supuesto caso que estuviera ahí para marcharse. Tenía un cigarrillo en la boca. Volteó y se quedó mirándola aunque no movía un músculo del rostro, solo la boca que humeaba de vez en cuando. Amanda creyó enrojecer y desvió la mirada. Entonces se dio cuenta que tenía el cuchillo firmemente sujeto en su mano izquierda –ah, era zurda- y estaba inclinado hacia adelante. Apuntaba al policía con el arma. O-Ren pidió disculpas y se preparaba para la última carga. El oficial seguía boqueando. Ella colocó el cuchillo sobre el plato. La película estaba concluyendo pero no esperó a ver el duelo final, sacó un billete de a veinte y se levantó. Llegó el chiquillo y recogió el dinero sin levantar la vista. Quince soles. Quédate con la propina le dijo y dio la espalda a los dos fulanos. La calle había recobrado la

normalidad laboriosa del medio día. Antes de tomar la acera, Amanda escuchó que apagaban el televisor, su televisor. Niche se imponía nuevamente, su público lo aclamaba en vivo. La bulla la perseguía pero no miró atrás. Caminó calle abajo, por donde había llegado esa madrugada. Metió las manos en los bolsillos y apretó los puños como si aun sujetara el arma.

El edificio edil había abierto sus puertas al público. Un anciano ingresaba al municipio arrastrado sus sandalias y descubriendo su cabeza. Amanda siguió de largo. En la canchita de fútbol, las hojas de coca continuaban secándose al sol. Al llegar al paradero de buses compró un billete en el primer carro que salía de Pastobamba, sin importar el destino, cualquiera que la botara a la costa y después ya vería. A lo largo de la trocha carrozable tuvo tiempo para pensar en lo ocurrido y cada vez que le daba vueltas al asunto lo encontraba más inverosímil. Cuando llegaron a la carretera Panamericana tuvo la imagen de Lima clavada en su cabeza. Sufrió de insomnio por los siguientes doscientos kilómetros y cayó en cuenta que estaba preparando un libreto para darle la cara a su madre. Es posible que no creyera una sílaba de lo que le iba a contar. Incluso, era previsible que fuera a enojarse, y mucho, y acusarla de inventar aquel cuento, lo del escrutinio de las pastobambinas, las arrobas de coca secándose al sol, el policía en la trastienda de un tal *paisa*, el grupo Niche en pantalla plasma de 34 pulgadas, Uma Thurman, pobre Uma Thurman, yaciente en una capilla de El Paso, su propia hija empuñando un cuchillo, el mismo policía boqueando el humo de su cigarrillo y apuntándola con los ojos, sí pues, todo esto, con tal de evadir su compromiso con Ernesto y con la familia, a final de cuentas.

En el litoral, la marea estaba alta y delineaba sobre la playa territorios efímeros. Amanda se bajó en el pueblo de Barranca. Le habían dicho que allí encontraría un puesto de comida con el mejor ceviche de pato del Norte Chico.